



TIMOTHY MORTON

EL PENSAMIENTO  
ECOLÓGICO

PAIDÓS

TIMOTHY MORTON

# EL PENSAMIENTO ECOLÓGICO

---

Traducción de Fernando Borrajo

Título original: *The Ecological Thought*, de Timothy Morton  
Publicado por acuerdo con Harvard University Press a través de International Editors' Co.

1.ª edición, septiembre de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© The President and Fellows of Harvard College, 2010

© de la traducción, Fernando Borrajo Castanedo, 2018

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-493-3487-0

Fotocomposición: Toni Clapés

Depósito legal: B. 15.600-2018

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

# Sumario

Agradecimientos . . . . .	11
Introducción. El pensamiento crítico . . . . .	17
El alcance del daño . . . . .	21
Movimientos de apertura . . . . .	25
Los capítulos de este libro . . . . .	31
1. Pensar a lo grande . . . . .	39
Tibetanos en el espacio . . . . .	44
La malla: un hecho realmente maravilloso . . . . .	47
Menos es más: pensemos en la malla . . . . .	54
Extraños forasteros: la política y la poética de la coexistencia. . . . .	59
La política de cualquier lugar . . . . .	73
2. Pensamientos oscuros . . . . .	82
Mutación, mutación, mutación. . . . .	83
El que esté libre de SIM que tire la primera piedra. . . . .	93
Patos raros . . . . .	107
Neandertales 'Я' Us. . . . .	114
Deja que te lleve conmigo. . . . .	122
3. Reflexión anticipatoria . . . . .	126
La lógica cultural del ambientalismo temprano. . . . .	130

Ciencia avanzada . . . . .	143
Filosofía avanzada . . . . .	147
Economía avanzada . . . . .	152
Política avanzada: estilos de colectividad . . . . .	157
El fin del principio: el futuro de los hiperobjetos . . . . .	162
Abreviaturas . . . . .	171
Notas . . . . .	173
Índice onomástico . . . . .	203

# CAPÍTULO 1

---

## Pensar a lo grande

El patrimonio genético de la biosfera está disponible para todos los organismos.

KWANG W. JEON y JAMES F. DANIELLI

«Lo pequeño es bello», «Régimen alimenticio para un pequeño planeta», «Lo local es mejor que lo global». Esos son los eslóganes de los movimientos ambientalistas desde finales de la década de 1960.<sup>1</sup> Propondré todo lo contrario a estos sentimientos. En mi opinión, el mejor pensamiento ambientalista consiste en pensar a lo grande: todo lo grande que podamos e incluso más, más de lo imaginable. Kant dijo que lo sublime podía ser aquella idea de grandeza que está más allá de la capacidad de medir o imaginar: la magnitud situada más allá de la idea de magnitud. En su profundidad y extensión, esa magnitud demuestra la libertad radical de la mente para trascender nuestra «realidad», esto es, el estado de cosas en un momento dado. Como el *software* de un sistema operativo, la informática no nos da que pensar, pero nos enciende la mente a la hora de analizar la democracia.<sup>2</sup> Y es también lo que necesitamos al pensar en la ecología.

Testigo de ellos es ese universo nuevo, ese otro cielo colocado no lejos de la puerta del cielo fundado a nuestra vista sobre el puro cristalino, sobre el mar de vidrio, y ese cielo, de una extensión casi inmensa, está sembrado de innumerables estrellas, cada una de las cuales quizá sea un mundo destinado a ser habitado.

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Y ¿qué sería si esa luz reflejada por la tierra a través de la vasta transparencia del aire fuera como la luz de un astro con respecto al globo terrestre de la Luna, y si la Tierra iluminara la Luna durante el día y como esta ilumina a aquella durante la noche? Habría entonces una reciprocidad de servicios, suponiendo que la Luna tuviera una tierra, campos y habitantes. Tú ves en ella manchas que parecen nubes; esas nubes; esas nubes pueden resolverse en lluvia, y la lluvia puede producir frutos en el suelo reblandecido por la Luna, para que sirvan de alimento a los que allí estén colocados. Tal vez descubras otros soles acompañados de sus lunas comunicando la luz masculina y femenina; porque esos dos grandes sexos fecundizan el universo, lleno quizá en cada uno de sus orbes de seres vivientes. Porque el que tan vasta extensión de la naturaleza esté privada de almas vivientes; o que esté desierta, desolada, hecha solamente para brillar, para pagar apenas a cada orbe una débil chispa de luz enviada a tanta distancia, a este orbe habitable que le devuelve otra vez su luz, todo esto será motivo de eterna controversia.<sup>3</sup>

*Ibidem*

En *El paraíso perdido* de Milton hay un momento decisivo en la conversación del ángel Rafael con Adán. Rafael advierte a Adán de los peligros de la especulación. Las imaginaciones inútiles nos desvían de la justicia y de la templanza. Pero Rafael se sirve de un precepto negativo, como el equivalente moderno de «¡No pienses en un elefante rosa!». Demasiado tarde: nosotros, y Adán, ya hemos pensado en uno. ¿Qué es el elefante rosa? Es la imagen de otros edenes posibles en otros planetas, otras atmósferas, otros ecosistemas «sobre el mar de vidrio». Rafael apunta a las estrellas y a la Luna. Quién sabe, dice, a lo mejor hay edenes extraterrestres allá arriba, en los que está conversando otro Adán con otro Rafael. Rafael refuerza esa idea en el libro VIII, sugiriendo la posibilidad de mundos habitables más allá de la Tierra.

¡Qué momento tan extraordinario en la historia del pensamiento ecológico! En lugar de decir «Estás aquí; acostúmbrate», Rafael ofrece una imagen negativa del emplazamiento humano, dando a entender que el hombre no debería pensar que su planeta es el único importante. El lenguaje del ángel tiene sentido teológico. Si los seres humanos dejan de pensar que son demasiado importantes, Satán no

querrá situarlos en el centro de un universo que, como la manzana, está ahí al alcance de todos. El jardín del Edén está rodeado por otros mundos. Las estrellas no son un simple espectáculo de luces (8153). Rafael no está revelando solo un vasto universo, sino también un cosmos íntimo: las estrellas están habitadas.<sup>4</sup> Esa es una tremenda afrenta a la singularidad del «género humano», y Rafael la prohíbe al mismo tiempo que la permite.

Según la perspectiva de ese universo, los seres humanos no deben actuar con irracional conectividad espontánea. Antes bien, sugiere Rafael, deben reflexionar racionalmente sobre la descentralización del lugar que ocupan en el universo, así como sobre su incapacidad para explicar esa desorientación. El precepto de Rafael libera la razón y el goce especulativo (¿qué clase de fruta comen allá arriba?). El mandato hace posible la capacidad de forjar cosas en la fantasía al mismo tiempo que la limita, de modo que la promesa del conocimiento absoluto excede siempre sus condiciones. Y, sin embargo, ese mismo exceso (el pensamiento certero) es lo que permite el mandamiento.

No podemos verlo todo. No podemos verlo todo al mismo tiempo (ni siquiera con Google Earth). Cuando miramos  $x$ , no vemos  $y$ . Las ciencias cognitivas sugieren que la percepción está cuantificada; llega en pequeñas tandas, no como un flujo continuo.<sup>5</sup> Nuestra percepción está llena de agujeros. La nada de la percepción —no es posible sondear las profundidades del espacio— es la razón por la que Rafael prohíbe pensar en otros planetas. El infinito no está a la vista.<sup>6</sup>

Rafael no afirma que existan los extraterrestres: a eso se reduce todo. La mera posibilidad de entornos extraterrestres y seres sensibles (esa posibilidad —hipotética, pero imperceptible— es su esencia) genera la fantasía desde la que el propio lector, como Adán y Eva, alcanza la «imposible» perspectiva del espacio. Para situarse en ese punto de vista hay que hacer una consideración independiente de los ídolos. Esa perspectiva «imposible» es una piedra angular del pensamiento ecológico.

Rafael dice: «Tal vez haya cosas más allá de tu percepción, pero están más allá de tu percepción». Esa afirmación se quita la red de seguridad. Bajo la red hay un cielo lleno de estrellas, donde podría haber otras mentes. Ese condicional —*podría*— es importante. Mil-



ton juega con lo hipotético, porque tener una hipótesis equivale a tener una mente abierta: tal vez la suposición es errónea. El iconoclasta de Milton evita el delicado organicismo en el que se basa la interconectividad, pues el organicismo es la imagen estética de una adaptación «natural» entre la forma y el fondo, entre las partes y el todo. Mientras Adán y Eva vivan en el jardín del Edén, no estarán aislados del resto del universo. Los seres humanos no deben actuar porque se lo haya dicho una poderosa figura de autoridad, sino porque sienten la libertad del espacio. Es otra forma de imaginar qué significa la ecología, sin la comodidad del arca de Noé. Según esa interpretación, lo que nos rodea no nos importa porque nos lo ordenara Dios, ni por alguna ocurrencia autoritaria, sino por causa de la razón.

Milton llega tanto a la forma como al fondo del pensamiento ecológico. La versificación se abre de par en par,\* libre de lo que él llamaba «la moderna esclavitud de la rima».<sup>7</sup> El aire mismo que describe Rafael es «transpícuo» (8141). El aire de la Tierra es pelúcido, transparente. La Tierra y las lejanas estrellas y planetas se iluminan entre sí (156-158). Esa reciprocidad dinámica de la luz es como una república, incluso como una democracia. Al echar un vistazo a las palabras de la página, el lector debe actuar por su cuenta. Nuestros ojos deben «regresar» a medida que avanzamos hacia el espacio derecho de la página, y luego viajar a la siguiente línea. Estamos en la posición de uno de los mundos remotos, volviendo la mirada hacia la Tierra. Nos han teletransportado. Nos vemos desde el punto de vista del espacio exterior. A Milton le encanta esa perspectiva. La usa en otros pasajes de *El paraíso perdido* para que Satán parezca muy pequeño; es como si lo viéramos desde el otro lado de un telescopio (3590). Satán representa el ego inflado que quiere que lo vean como si fuese muy grande. El título de este capítulo, «Pensar a lo grande», pretende que nos sintamos humildes, no orgullosos.

Al igual que Milton, vivimos en una era de astronomía. *Salida de la Tierra*, la fotografía que tomó la misión Apolo XI, es ahora un icono. A Milton le habría gustado. Probablemente no la habría conside-

\* La traducción prosificada incluida en estas páginas proviene de *El paraíso perdido* (Espasa, 1998) [N. del T.]

rado un icono, sino una actitud iconoclasta. Se habría divertido observando cómo desplaza nuestra sensación de centralidad, logrando que nos veamos a nosotros mismos desde fuera. Percy Shelley usó esa imagen en el poema «La reina Mab». El hada Mab lleva a una niña al espacio exterior para que vea la Tierra desde lejos y contemple la desdicha de la historia humana:

El distante orbe de la Tierra parecía  
la luz más diminuta del cielo;  
alrededor de la carroza  
rodaban innumerables sistemas,  
e incontables esferas esparcían  
una gloria siempre cambiante.<sup>8</sup>

La distancia no es indiferencia, y la frialdad (acompañada de la razón) no es desafecto. El lenguaje medioambiental con frecuencia nos provoca enfado. El pensamiento ecológico aspira a algo más sossegado, al menos al principio. Al Gore y otros han usado la expresión «salida de la Tierra» para que nos preocupemos del planeta, como si fuera una frágil bola de cristal. *Universe* (1960), una magnífica película canadiense de animación, y la secuencia inicial del filme *Contact*, basado en la novela de Carl Sagan, se adentran en el universo, alejándose cada vez más de la Tierra.<sup>9</sup> Son zums desde ninguna parte. Arquímedes dijo: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo». El pensamiento ecológico dice: «Dadnos un punto de apoyo y cuidaremos de la Tierra».

Ya no vivimos dentro de un horizonte (¿fue así alguna vez?). Ya no vivimos en un lugar donde el sol sale y se pone, por mucho que algunos filósofos se empeñen en que experimentamos las cosas de ese modo. Ya no nos asombra la relevancia de los acontecimientos que se observan en los horizontes (¿alguna vez nos asombró?). Las extrañas configuraciones de estrellas o luces y nubes del cielo, como la escritura de un ser cósmico, han desaparecido (un viejo chiste: «Si el cielo está rojo por la noche es que la casa del pastor está ardiendo; si el cielo está rojo por la mañana, es que la casa del pastor sigue ardiendo»). El espacio no es nada que ocurra allende la ionosfera. Ahora mismo estamos en el espacio.

Apreciamos la fragilidad de nuestro mundo desde el punto de vista del espacio. Pensar a lo grande no nos impide cuidar del medioambiente.<sup>10</sup> Google Earth y Google Maps convierten esa visión en una cuestión de señalar con el puntero del ratón y hacer clic. Algunas personas objetan que esas tecnologías constituyen una vigilancia masiva. Y no les falta razón. Solo en una era como la de este «poder-saber» llegará la conciencia global a manos de los racionalistas occidentales. Google Earth nos permitió ver que las vacas se alinean de norte a sur a lo largo del planeta.<sup>11</sup> Ese conocimiento no estaba a disposición de aquellas personas supuestamente «encajonadas» en un «entorno vital». Fijémonos en que ahora somos conscientes de los peligros que nos acechan a escala tanto global como individual. Ahora sabemos con exactitud cuánto mercurio tenemos en el cuerpo. Sabemos que el plástico filtra las dioxinas. Cuanto más sabemos acerca de los riesgos, tanto más proliferan estos. El riesgo se democratiza, y la democracia se convierte en un gestor de riesgos. Ulrich Beck lo denomina «sociedad del riesgo»: nuestra conciencia cada vez mayor del riesgo en todas sus dimensiones (en el espacio, dentro del cuerpo, a lo largo del tiempo) modifica nuestra percepción de la coexistencia.<sup>12</sup> No es posible «desaprender» el riesgo. La sensación de tremendo poder, así como la sádica y voyerista fantasía de ser capaces de verlo todo (en Google Earth, YouTube, etc.), van de la mano de una peligrosa sensación de vulnerabilidad.

#### TIBETANOS EN EL ESPACIO

¿Tenemos que salir al espacio exterior para cuidar la Tierra? ¿Necesitamos una tecnología avanzada? ¿Necesitamos Google Earth para imaginar la Tierra? ¿Son el poder y la ciencia occidentales la única forma de alcanzar la conciencia ecológica? Muchos ambientalistas se echarían las manos a la cabeza al oír estas hipótesis. En primer lugar, ¿no es la sociedad occidental y todo lo que representa (el temible dualismo cartesiano, la «tecnología» y sus derivados) precisamente aquello que debemos destruir y a lo que debemos renunciar? Y ¿acaso no tienen las llamadas sociedades prehistóricas y pretecnológicas la llave de nuestra salvación?

No. Pensemos en una sociedad que ha desarrollado el pensamiento ecológico fuera del alcance de la cultura occidental: el Tíbet. Las únicas ruedas que conocía el viejo Tíbet eran las plegarias rodantes. Pero los tibetanos tenían ideas acerca de la magnitud del espacio y el tiempo cuando en Occidente esas cuestiones habrían constituido una herejía.

Hay mucho que decir sobre el Tíbet moderno; quizá demasiado: una interminable sucesión de controles fronterizos; prisioneros construyendo carreteras con las manos, sin maquinaria; tibetanos a los que se trata como se trataba a los auténticos americanos durante la conquista inglesa; expropiaciones de su cultura, como si los siglos XIX y XXI transcurrieran simultáneamente. Evitaré estas cuestiones e iré directo al grano. Es «Occidente» el que se obsesiona con el espacio, pensando que hay una cosa llamada «espacio», que es sólida, real e independiente y que ha sido socavada poco a poco por la modernidad, el capitalismo, la tecnología o como quieras llamarlo. La obsesión con el espacio es un impedimento para la visión realmente ecológica.

Antes de viajar al Tíbet, me preguntaba si los indígenas tenían una experiencia «auténtica» del espacio, una experiencia «no occidental». Al regresar a mi país estaba menos seguro que antes. Cuando acampas en el Tíbet, como acampé yo durante unas dos semanas, duermes bajo el cosmos, pero sin necesidad de volar. La altiplanicie tibetana está, por término medio, a cinco mil metros sobre el nivel del mar: se puede caminar sin demasiada dificultad hasta el segundo campamento base del Everest desde la ciudad de Tingri (una caminata de 34 kilómetros por una meseta). Fíjate en un avión: a una altitud cuatro veces mayor, no estás siquiera cerca de él.

La superficie de ese altiplano se parece a la de Marte. Por encima de mí, la Vía Láctea nunca me había parecido tan grande. Imagínate una alfombra realmente ancha. Ahora multiplícala por tres. Llénala de miles de puntos estrellados. Añade unas treinta estrellas a la Osa Mayor. Imagínate unas estrellas fugaces: al cabo de media hora habrás visto al menos diez. Algunas hacen ruido al arder en la atmósfera. Una estrella fugaz tenía el diámetro de una moneda de céntimo, y burbujeara mientras recorría el cielo, como un helado bañado en Coca-Cola.

Los tibetanos viven muy cerca del espacio exterior, luego no es de extrañar que lo integren en su cultura. Cuando le preguntaron de dónde era, el primer rey bön (bön es la cultura indígena) señaló al cielo. No, no digo que los tibetanos procedan del espacio exterior. Las enseñanzas tántricas dicen que hay 6.400.000 tantras *dzogchen* (textos de un tipo de budismo tibetano). En la Tierra tenemos 17. Allí arriba, en el despejado cielo nocturno, tal vez en otros universos, están los 6.399.983 restantes. Allí arriba alguien está meditando.

Los tibetanos serían los mejores pilotos, sobre todo para misiones largas. Solo tendrían que aprender a manejar los aparatos. La cultura y la religión tibetanas tienen que ver con el cosmos. Imágenes de todo tipo nos incitan a pensar a lo grande. Una imagen de una mente iluminada es como el cosmos. El sistema budista dice que nuestro universo, junto con 1.000 millones de universos similares, flota dentro de un solo grano de polen en el interior de una antera de una flor de loto que crece en un platillo sujetado por un buda llamado Inmenso Océano Vairochana.<sup>13</sup> Los tibetanos llegarían al límite del sistema solar y declararían: «¡Ay, qué gran ocasión de aprender más sobre el vacío». El espacio exterior no socavaría sus «creencias».

¿Que suena a primitivismo? Los primitivistas sostienen que hubo un tiempo —llamémoslo edad de oro, llamémoslo Prehistoria— en que los seres humanos no cometían todas las maldades que cometen hoy, en que tenían mejores sistemas sociales, disfrutaban más, etc. Algunos primitivistas sostienen que sigue habiendo sociedades resistentes en algún lugar de la Tierra. Antes de ir al Tíbet, habría tildado de fantasioso a cualquiera que hablase así. Los tibetanos aprecian mucho el espacio interior. De modo que prosperarían en el espacio exterior. Los tibetanos no forman parte del pasado ni de un museo. Son del futuro.

Pensar a lo grande no está reñido con los pequeños detalles. Los movimientos apocalípticos comparten con la ecología profunda una fundamental falta de interés por el desarrollo de los acontecimientos. Puesto que el fin del mundo está cerca, o ya que a la larga nos vamos a extinguir todos, preocuparse por ello no tiene mucho sentido. Su visión del espacio exterior no impide a los tibetanos concebir ideas sobre la compasión y la no violencia, así como tener un sorprendente sistema de justicia reparadora.<sup>14</sup>

En Occidente pensamos en la ecología como algo terrenal. No solo terrenal: queremos que la ecología concierna ante todo al emplazamiento. Y el emplazamiento ha de ser local: debemos sentirnos como en casa; tenemos que conocer el lugar y pensar en él desde la perspectiva del aquí y el ahora, no del allí y después. Para Heidegger, el pensamiento mismo era una presencia medioambiental, como indica la palabra *morada*. Cuando nos detenemos en algo, lo habitamos. Originalmente, para Heidegger, el pensamiento residía en la Tierra.<sup>15</sup> Resulta irónico que Heidegger pensase que pensaba como un campesino. Ningún tibetano orgulloso pensaría así. Lo más probable es que dijera, como la banda de rock Spiritualized: «Señoras y caballeros, estamos flotando en el espacio».<sup>16</sup> El meme localista obligará a los occidentales a comerse unos a otros en cuanto crucen el cinturón de asteroides.

El ambientalismo heideggeriano es una versión triste, fascista y atrofiada, obligada a crecer en una diminuta maceta de hierro dentro de una cabaña en la Selva Negra. Nosotros sabemos esmerarnos más. En vez de escondernos o salir corriendo, podemos derrotar a Heidegger jugando a su propio juego. ¿Prefieres el lenguaje religioso? Mira hacia la Vía Láctea. Imagínate miles de mundos habitables, llenos de seres sensibles que se hacen preguntas sobre la inmensidad del pensamiento ecológico. ¿Podríamos tener una ecología progresiva que fuese grande, no pequeña; espaciosa, no reducida; global, no local (cuando no universal); no personalizada, sino dislocada, situada en el espacio, en el espacio exterior? Nuestro eslogan debería ser: «Dislocación, dislocación, dislocación».

#### LA MALLA: UN HECHO REALMENTE MARAVILLOSO

Ya no podemos tener esa reconfortante conversación trivial sobre el tiempo con alguien en la calle, para romper el hielo o pasar el rato. La conversación se desvía hacia un silencio perturbadoramente significativo, o alguien menciona el calentamiento global. El tiempo meteorológico ya no existe como trasfondo neutral ante el que se desarrollan los acontecimientos. Cuando el tiempo que hace se convierte en clima —cuando se adentra en el campo de la ciencia y de la histo-

ría—, ya no es un escenario. No se puede visualizar el clima. Mapearlo requiere una velocidad de procesamiento que se mide en terabytes por segundo (un terabyte son mil gigabytes).<sup>17</sup>

El tiempo meteorológico se marchita porque cada vez somos más conscientes de la «malla». Casi todas las palabras que tuve en cuenta para describir la interdependencia estaban menoscabadas por las referencias a internet, como por ejemplo *network* («red»). O eso, o estaban menoscabadas por el vitalismo, la creencia en una sustancia viva. *Web* («red», «telaraña», «entramado») es quizá demasiado vitalista y quizá demasiado internáutica para mi gusto, por lo que sale perdiendo por ambas partes. *Malla* es corta, más corta sobre todo que «la interconectividad de todas las cosas vivas y no vivas».

«Malla» se refiere a los agujeros de una red y a los hilos que la forman. Sugiere tanto fortaleza como delicadeza. Se usa en biología, matemáticas, ingeniería, tejeduría e informática: medias y diseño gráfico, metales y tejidos. [En inglés], se relaciona con *máscara* y *masa*, lo que sugiere tanto la densidad como el engaño.<sup>18</sup> Por extensión, *malla* significa una situación compleja o una serie de hechos en los que una persona se ve envuelta, una concatenación de fuerzas o circunstancias restrictivas; una trampa.<sup>19</sup> En otras palabras, es perfecto.

El pensamiento ecológico se mueve porque la malla aparece en el ámbito social, psíquico y científico. Puesto que todo está interconectado, no hay ni primer ni segundo plano. Darwin intuyó la malla mientras sopesaba las implicaciones de la selección natural. El asombro de Darwin es perceptible:

Es un hecho realmente maravilloso —cualidad que tendemos a dejar pasar inadvertida por estar familiarizados con ella— que todos los animales y todas las plantas, en todo tiempo y lugar, estén relacionados entre sí en grupos subordinados a otros grupos, del modo que observamos en todas partes; o sea, las variedades de una misma especie, muy estrechamente relacionadas entre sí; las especies del mismo género, menos relacionadas y de modo desigual, formando secciones o subgéneros; las especies de géneros distintos, mucho menos relacionadas; y los géneros, relacionados en grados diferentes, formando subfamilias, familias, órdenes, subclases y clases. Los diferentes grupos subordinados no pueden ser ordenados en una sola fila, sino que parecen arracimados

alrededor de puntos, y estos alrededor de otros puntos, y así sucesivamente, en círculos casi infinitos.<sup>20</sup>

Todas las formas de vida nos resultan literalmente familiares, pues, desde el punto de vista genético, descendemos de ellas. Darwin se imagina un árbol con infinitas ramas. En cambio, la *malla* no sugiere un punto de partida, y esos racimos de «grupos subordinados» distan mucho de ser lineales («no se los puede ordenar en una sola fila»). Cada punto de la malla es tanto el centro como el borde de un sistema de puntos, de modo que no hay ningún centro ni borde absolutos. Aun así, la imagen del árbol es una excelente manera de terminar el capítulo dedicado a la selección natural: «el gran árbol de la vida, que con sus ramas muertas y rotas llena la corteza de la Tierra, cuya superficie cubre con sus hermosas ramificaciones».<sup>21</sup> Una *ramificación* es una rama y una implicación: un pensamiento ramificado. Darwin aglutina interconectividad ecológica y pensamiento.

El pensamiento ecológico consiste, en efecto, en las ramificaciones del «hecho realmente maravilloso» que es la malla. Todas las formas de vida son la malla, al igual que todas las formas muertas y de igual modo que sus hábitats, que también están compuestos de seres vivos y no vivos. Ahora sabemos aún más acerca de cómo las formas de vida han configurado la Tierra (pensemos en el petróleo, en el oxígeno: el primer cataclismo climático). Conducimos por ahí usando trozos de dinosaurios aplastados. El hierro es en gran medida un subproducto del metabolismo bacteriano. Igual que el oxígeno. Las montañas pueden estar hechas de conchas y bacterias fosilizadas. La muerte y la malla también van juntas en otro sentido, porque la selección natural implica extinción.<sup>22</sup>

Ciertos seres, como las abejas y las flores, evolucionan juntos; todos los seres vivos evolucionan en función de su entorno.<sup>23</sup> Pero sería erróneo afirmar que las especies tienen el aspecto que tienen porque se «acomodan» a su segmento ecológico. Darwin descarta la suposición de que los buitres son calvos porque les gusta meter la cabeza en los despojos o que las vides tienen zarcillos porque les resultan útiles para asirse a los árboles. Sí, esas cabezas calvas son prácticas para hurgar en los despojos. Pero esa no es la causa de su evolución.<sup>24</sup> La malla debe de estar hecha de materiales realmente interesantes. No



es «orgánica», en el sentido de que la forma se adapta a la función. William Wordsworth quería mostrar que el mundo orgánico se «adaptaba» a la mente, y viceversa.<sup>25</sup> La teoría de la evolución, la base del pensamiento ecológico, usa términos y expresiones como «el más apto» o «adaptación», pero eso no quiere decir que las cabezas calvas existan a causa de los montones de escombros. Darwin habría estado de acuerdo con William Blake, quien escribió en los márgenes de su ejemplar de Wordsworth: «No me hará creer en semejante adaptación y actitud [...] y téngalo a bien su señoría».<sup>26</sup> La selección natural no trata sobre el decoro o sobre un «ajuste» orgánico. Las fochas no tienen patas palmeadas, pero se manejan bastante bien en el agua.<sup>27</sup> Fue Alfred Russel Wallace quien tímidamente convenció a Darwin de que incluyera en *El origen de las especies* esa odiosa expresión de Herbert Spencer: «La supervivencia del más apto».<sup>28</sup> A Wallace le interesaba la aparente inutilidad de las formas de vida. Para el pensamiento ecológico, esa es la gracia redentora.

La malla se compone de conexiones infinitas y diferencias infinitesimales. Pocas personas argumentarían que un solo cambio evolutivo no es mínimo.<sup>29</sup> La escala es infinita en las dos direcciones: infinita en tamaño e infinita en matices. Y cada ser de la malla interacciona con otros. La malla no es estática.<sup>30</sup> Ninguna cosa merece el calificativo de irrelevante. Si no hay primer ni segundo plano, entonces, ¿dónde estamos? Nos orientamos por fondos sobre los que resaltamos. Hay una palabra para describir la ausencia de distinción entre primer plano y segundo plano: *locura*.

La crisis ecológica nos hace conscientes de la interdependencia de todas las cosas. Consecuencia de ello es la estremecedora sensación de que ya no existe ningún mundo. Hemos ganado Google Earth, pero hemos perdido el mundo. *Mundo* significa un lugar, un contexto en el que nuestras acciones cobran sentido. Pero en una situación en la que todo es potencialmente significativo estamos perdidos. Es la misma situación en que se encuentra el esquizofrénico, el cual es incapaz de distinguir entre información (primer plano) y ruido (segundo plano).<sup>31</sup> Por tanto, oye voces procedentes del radiador, pero lo que dicen los demás le parece un borboteo incoherente. Todo le parece peligrosamente significativo, pero no puede precisar su sentido.

Cuanto más conscientes somos de los peligros de la inestabilidad ecológica —las extinciones, el deshielo de los casquetes polares, la elevación del nivel del mar, las hambrunas—, tanta más falta nos hace un punto de referencia. Cuando pensamos a lo grande, descubrimos un agujero en nuestro universo psicológico. Ya no hay forma de medir nada, pues no hay ningún sitio «fuera» de este universo desde donde hacer una medición imparcial. Curiosamente, pensar a lo grande no significa meterlo todo en una gran caja. Pensar a lo grande significa que la caja se nos derrite en las manos.

Estamos perdiendo hasta el suelo que pisamos. En lenguaje filosófico, no solo estamos perdiendo niveles *ontológicos* de significación. Estamos perdiendo lo *óntico*, el verdadero nivel físico en el que durante tanto tiempo confiamos. Imagínate que todo el aire que respiramos se vuelve irrespirable. Ya no habrá más poesía medioambiental, porque todos estaremos muertos. Cierta lenguaje ecológico parece alegrarse de esas cosas, incluso con sadismo, imaginando cómo sería el mundo sin nosotros. Algunos escritos sobre ecología profunda prevén el día en que los seres humanos serán eliminados como un virus tóxico o un parásito. Otros textos se imaginan «el pasado mañana».<sup>32</sup> Es difícil estar aquí en este momento. Imaginarnos muertos proporciona cierto consuelo. A mí me parece más que inquietante. La conciencia de que existe la malla no saca lo mejor de las personas. Se produce un terrible regocijo al tomar conciencia de lo que para H. P. Lovecraft constituye el hecho de que «nadie es ya un ser determinado que se distingue de otros seres».<sup>33</sup> Es importante no sentir pánico y, curiosamente, reaccionar de forma exagerada ante las lágrimas de verdad. Si siempre ha estado ahí, entonces no es tan malo. ¿A que no?

La cosa empeora porque estamos perdiendo el suelo que pisamos justo mientras nos percatamos de cuánto dependemos de ese mismo suelo. Nos encontramos sujetos al vacío. La esquizofrenia es una protección, un intento desesperado de recuperar la sensación de solidez y consistencia. Es muy probable que parte de la retórica ambientalista sea engañosa en ese sentido. Al reafirmar una armonía perdida con un entorno vital perdido, esa retórica intenta barrer debajo de la alfombra. La propia alfombra delata el polvo. Pensar a lo grande supone enfrentarse a la absurda y desorientadora innovación del pensamiento ecológico.<sup>34</sup> La interconectividad no es agra-

dable ni acogedora. Hay familiaridad, como veremos, pero no hay una previsible y cálida imprecisión.

¿Rellenamos el agujero del mundo con holismo y Heidegger? ¿O nos dirigimos al agujero? A lo mejor es un agujero benigno: a través de él tal vez vislumbremos el universo. Muchos escritores ambientalistas nos dicen que nos «conectemos». <sup>35</sup> Es más bien una cuestión de reagrupamiento: restablecer alguna fantasía activa que nos servirá de momento para conservar la cordura. Pero eso es del todo imposible, debido a la naturaleza total de la catástrofe y al hecho de que no hay ningún argumento preconcebido («seguimos estando aquí», y esas cosas). Es como despertarse: nos resulta imposible volver a conciliar el sueño y soñar con los angelitos. El desastre ecológico es como estar en un cine cuando de repente la película se derrite. Entonces la pantalla se derrite. Entonces la propia sala se derrite. O te das cuenta de que tu butaca está llena de gusanos. No puedes simplemente cambiar la película. Las fantasías son cuestionables.

Negar el problema, como la Administración Bush de 2001-2008, incrementa el peligro. Y hay formas más sutiles de negación. Desear que desaparezca el problema «poniendo algo de tu parte» es también evitar el vacío. Durante la segunda guerra mundial, los británicos acumulaban latas para fabricar con ellas aviones y armas. Tanto si el Gobierno las usaba como si no, la actividad compulsiva y repetitiva ahuyentaba el pánico. Útiles como son, el reciclaje y otras acciones locales e individuales también podrían servir para evitar el alcance de la crisis, y la magnitud y profundidad de la interconectividad. Esas reacciones se adecuan a la vida capitalista contemporánea. Ser ordenado y eficiente es una buena idea, pero no es el sentido de la vida. Como les dijo Barack Obama a los miembros de su campaña en 2008: «El problema del calentamiento global no se resolverá porque yo haya cambiado las p\*\*as bombillas de mi casa. Es una cuestión colectiva». <sup>36</sup>

Nos queda al menos la satisfacción de que alguien por fin se haga cargo de su propia mierda, literal y figuradamente. El psicoanálisis mantiene que deshacerse de la mierda es el problema humano por excelencia. Discrepo. <sup>37</sup> Sin embargo, lo interesante de la cultura del reciclaje es que la misteriosa curvatura del espacio-tiempo social, la curvatura del codo del tubo situado bajo la taza del váter, desaparece.